

BIBLIOTECA DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

En defensa de la religión y sus ministros.

# CARTA PASTORAL

DEL ILMO. Y RVDMO.

DR. D. VALERIANO MENÉNDEZ CONDE

OBISPO DE TUY

BX874  
.M471  
C3  
1901  
c.1



ORID  
SAGRADO CORAZÓN  
Leganitos - 54

1901

BIBLI

---

E

CA

DR.

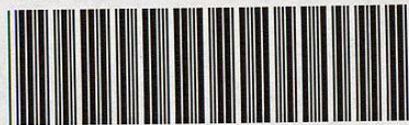
BX874

.M471

C3

1901

c.1



1080025359

BIBLIOTECA DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

En defensa de la religión y sus ministros.

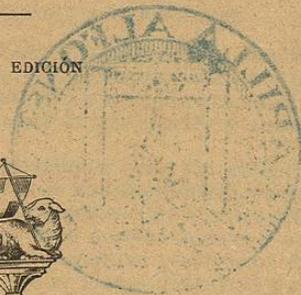
# CARTA PASTORAL

DEL ILMO. Y RVDMO.

DR. D. VALERIANO MENÉNDEZ CONDE

OBISPO DE TUY

SEGUNDA EDICIÓN



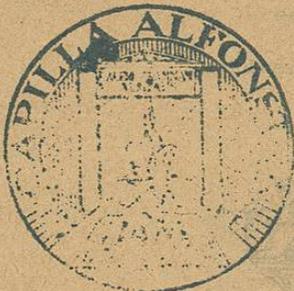
MADRID

TIPOGRAFÍA DEL SAGRADO CORAZÓN  
51 - Calle de Leganitos - 54

1901

Bx 874  
M 471  
C 31  
1901

CARTA PASTORAL



FONDO EXETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

125896



### NOS EL DR. D. VALERIANO MENÉNDEZ CONDE

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA  
OBISPO DE TUY, ETC., ETC.

#### AL CLERO Y FIELES DE NUESTRA DIÓCESIS

Salud y gracia en nuestro Señor Jesucristo.

*...Converserunt in unum adversus Dominum, et adversus Christum ejus.*

Se han conjurado contra el Señor y contra su Cristo.

SALM. 2.º, v. 2.

#### VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:

Nuestra mano tiembla al coger la pluma para escribir la instrucción pastoral que según costumbre debemos dirigiros con motivo de la Santa Cuaresma, porque nuestra alma se siente agitada y combatida por varios y encontrados afectos.

Por una parte bien comprendemos que, sin extender la vista más allá de los límites de nuestra diócesis, encontraríamos sobrados asuntos en que ejercitar nuestro celo, y harto haríamos con resolverlos acertadamente ó con proporcionar las necesarias luces á quien resolverlos deba.—También reconocemos sin la menor dificultad y sin sacrificio alguno de nuestro amor propio, que ni por nuestro cargo ni mucho menos por nuestras condiciones personales, nos corresponde figurar en primera línea para la defensa de la Religión en los tiempos críticos de graves é inminentes peligros.

Pero por otra parte entendemos también que ningún Prelado de la Iglesia católica está exento de la obligación de salir á la defensa de esta santa Madre cuando quiera, donde quiera, y por quien quiera que sea atacada; á más de que los ataques y los peligros de carácter general á to-

dos afectan proporcionalmente, y á todos deben interesar más ó menos en la medida de la percepción y criterio de cada uno.—Por más que á cada uno sólo esté encomendada una determinada porción de la cristiana grey, es evidente que las causas de ruina espiritual pueden venir de otra parte.

Por esto, venerables hermanos y amados hijos, en vista de la inicua guerra que se está suscitando contra la Religión en España, nos decidimos á prescindir por esta vez de defectos especiales que pudiéramos notar entre vosotros, y hasta de los que son comunes á todos los pueblos, para preveniros contra el peligro de seducción ó de contagio con que nos amenaza la impiedad desmandada y casi triunfante en la capital de nuestra nación y en otras poblaciones importantes de la misma.—Y adoptamos esta resolución con tanto mayor motivo, por cuanto tenemos la convicción de que los sacrilegos desmanes que estos días se vienen repitiendo no solamente impiden ó destruyen toda labor seria para la regeneración de la patria, sino que acaban de hundirla en la ruina y en la deshonra. No esperéis una disertación ordenada y metódica acerca de este enojoso asunto; porque cuando las turbas desaforadas lo debaten tumultuosamente en las calles, no está el espíritu para combinar períodos y alambicar frases y conceptos.—Si de algún modo pudiéramos condensar nuestro pensamiento en una proposición concreta y única, diríamos: que la actual guerra en España contra la Religión y sus ministros procede de una pasión insana, tiene por fundamento la iniquidad y la mentira, y recibe alientos de la debilidad y la torpeza. No nos tomamos el trabajo de explicarla, porque, aunque no respondemos de ceñirnos estrictamente á ella, esperamos que en su desenvolvimiento quedará suficientemente aclarada.

I

Ya en otra ocasión, no muy remota, hemos hecho notar el extraño fenómeno de que á la conclusión de la guerra con los Estados Unidos, por consecuencia de la cual hemos perdido los restos de nuestro dominio en América y Oceanía, se comenzó á gritar en España contra la reacción y el clericalismo; ó lo que es igual, contra la Religión católica y sus ministros, como si la Religión y sus ministros hubieran tenido la culpa no sólo de la pérdida de nuestras colonias, sino también de la decadencia, desorganización, atraso, empobrecimiento y miseria á

que se hallaba reducida nuestra nación, lo cual era ya bien conocido, pero se hizo más patente con motivo de dicha guerra.

¿Qué podía justificar semejantes imputaciones, ni siquiera servir de pretexto para hacerlas?—¿Qué parte habían tenido la Religión, ni la Iglesia, ni los curas en nuestros terribles é ignominiosos desastres?

Las Ordenes religiosas en Cuba ninguna influencia tenían, y era muy escasa la que ejercía la Iglesia con todos sus elementos; y no es fácil comprender cómo se la puede culpar del desgraciado éxito de la contienda, á no ser que se la culpe por ser poco respetada y atendida.—¿Es que allí sobaban frailes y hacían falta soldados?—Es que nuestros soldados fueron vencidos por invocar á Dios con respeto y confianza en vez de blasfemar de El?—¿Es que los que creían en Dios y respetaban su santo nombre, y le invocaban con fe, fueron traidores á la causa de la patria ó la defendieron con menos valor y lealtad?—¿Se hundieron nuestros barcos por llevar á bordo la bendita imagen de nuestra Señora de las Victorias como la Capitana de la escuadra vencedora en Lepanto?—¿Era culpa de la reacción y del clericalismo que esos barcos fuesen pocos y malos; que estuviesen desprovistos de los más indispensables elementos de combate, y hasta de combustible para poder huir—¡que vergüenza!—en presencia del enemigo, al cual no podían hacer frente?—Se han perdido las colonias, porque los funcionarios civiles encargados de su administración y los jefes militares enviados para combatir su rebelión fuesen excesivamente timoratos y escrupulosos en la observancia de los mandamientos divinos, ó porque los eclesiásticos demostrasen exagerado celo en el cumplimiento de sus deberes?

Preguntas son estas que por el honor de España y de los españoles debemos dejar por ahora sin contestación, pero los imprudentes enemigos de nuestra Religión sacrosanta no deben apretarnos hasta el punto de que nos creamos en el caso de decir en documentos públicos lo que por ahí hemos oído á militares y á paisanos que deben de estar bien enterados.

En nuestras ricas y vastas posesiones de Oceanía es cierto que ejercían influencia preponderante las Ordenes religiosas; pero también es cierto que ellas casi solas las conservaron bajo el dominio de España por espacio de tres siglos, y que la causa de su pérdida fué la guerra extranjera, motivada por la insurrección cubana.

Que de todos modos, y á pesar de la influencia de los frailes llegarían á emanciparse también, y tal vez en plazo

no lejano, no lo discutiremos; pero debemos recordar á sete propósito que las sociedades secretas donde se fraguaron las conspiraciones contra la madre patria y donde nacieron y se arraigaron las tendencias separatistas, no fueron establecidas ni eran dirigidas por frailes, sino por masones peninsulares, enemigos de los frailes y de la Religión católica.

¿Cómo, pues— volvemos á preguntar,— ha podido culparse á la Religión y á sus ministros de los desastres que hemos padecido como efecto evidentísimo de otras causas tan conocidas?

Precisamente por esto: porque los enemigos de la Religión, que lo son asimismo de la patria, han debido temer que si el pueblo advertía cuáles eran las causas de nuestra ruina, y quiénes los causantes, podría suceder que estos pagasen muy cara, aunque no tanto como merecen, su obra de destrucción. Por esto, contando con la cándida credulidad del vulgo y con la complicidad de otros malvados, han llamado la atención hacia otra parte, señalando víctimas inocentes al furor de pobres gentes alucinadas.—Maniobra infame, pero de fácil ejecución y de éxito casi seguro, como están demostrando los acontecimientos.—¡Ah! si nosotros los directores de la opinión católica nos adelantáramos á nuestros enemigos, señalando á la muchedumbre los verdaderos culpables, y excitándola contra ellos... Pero los católicos, en las humanas luchas, tenemos la desventaja de que amamos á nuestros enemigos, y no queremos su muerte ni su ruina, sino su conversión.

También ha podido suceder que, al final de la pasada guerra, algunos temiesen realmente que se les viniese encima una verdadera reacción católica por ellos tan odiada; porque, visto el resultado funestísimo de la política ecléctica y doctrinaria, siempre con dejos y tendencias revolucionarias y heterodoxas, parecía natural se volviesen los ojos á la Religión, como fuente purísima de moralidad, y por consiguiente de orden, de grandeza y de prosperidad para los pueblos.—Temores infundados, por desgracia; porque esta política verdaderamente cristiana no había quien se atreviese á plantearla. Pero precisamente para que no lo hubiese, se echaron á gritar contra el imaginado peligro, sin que les importase un ardite ni la verdad de los hechos, ni el remedio de los gravísimos males de la patria.

Hay aún otras causas más ruines y pequeñas, si cabe, para explicar el extraño fenómeno; pero nos abstendremos de exponerlas, porque además de sernos repugnante, creemos haber dicho ya lo suficiente para que se juz-

gue de la razón y de la justicia con que se ha comenzado la innoble campaña contra la Religión y el clero en general, y contra las Ordenes religiosas en particular.

## II

Sabemos que la lucha entre Jesucristo y Belial es constante: que el catolicismo en España tiene enemigos tenacísimos y turbulentos; déspotas incorregibles que, con el grito de libertad siempre en los labios, pretenden imponerse á los creyentes, y obligarnos á viva fuerza á que seamos incrédulos como ellos. Pero creíamos que la campaña iniciada contra la Iglesia á la conclusión de la guerra separatista de las colonias había terminado ya. Desvanecidos los temores que en los primeros momentos pudieron haber concebido los que no tenían la conciencia tranquila; visto que nadie trataba de tomarles cuenta ni de exigirles responsabilidades; visto que la temida reacción estaba conjurada, y que el juego de la política continuaba lo mismo que antes, y que ellos no quedaban inhabilitados para seguir jugando, siendo la nación la única que pierde, ¿qué más podían desear?—¿No era lógico pensar que dejarían en paz á la reacción y á los pobres reaccionarios, es decir, al clero, á la Religión y á la Iglesia?

Sin embargo, nos hemos equivocado.—Después de una pequeña tregua se abrieron de nuevo las Cortes, y de nuevo se manifestaron allí los potentes bríos de los anticlericales. Período igual de pequeñez y baja parlamentaria no lo hemos visto jamás.

No hablemos de los asuntos que parecían más dignos de la actividad y celo de nuestros representantes: del tan necesario arreglo en el orden económico; de la decantada selección para combatir la inmoralidad administrativa; de la resolución posible de importantísimos problemas de carácter social; de la reforma del actual sistema electoral, que parece hecho á propósito para corromper las conciencias y las costumbres públicas, para sembrar odios y enemistades, para amparar falsedades y violencias, para proteger criminales y hacer prosperar todas las malas causas... ¿Quién se ha ocupado en esto, ó qué cosa de provecho se ha realizado?

En cambio se discutió un día y otro, con persistente indiscreción, lo que sólo debía ser objeto de prudentes y respetuosas observaciones, si había motivo para hacerlas; porque si las personas reales no pueden prescindir completamente de la razón de Estado, ni aun en los actos más

trascendentales de la vida, no tienen menos derecho que cualesquiera otras á que se respeten sus afectos más íntimos y delicados. ¡Alegres bodas han preparado á la heredera eventual del Trono aquellas indiscretas discusiones! —Pero dejemos esto; que aunque para tratar de ello nos creemos con tanto derecho como cualquier periodista, y hasta como cualquier diputado, de seguro se nos dirá que no es de nuestra incumbencia, y vengamos á lo que más directamente nos atañe é interesa, porque interesa á la Religión, cuya causa estamos obligados á defender.

### III

¿Por qué se llevó al Congreso de los diputados en el anterior período legislativo la falsa alarma por los peligros de la reacción y el clericalismo?

En la investigación de estas causas no seríamos más afortunados que cuando hemos tratado de inquirir las que produjeron la anterior algarada. Prescindiendo por ahora de lo que significan aquellas palabras en boca de los adversarios, y colocándonos en su punto de vista, afirmamos y sostenemos que ningún motivo serio existía para que se alarmasen, y nos es imposible convencernos de que estuviesen realmente alarmados. Es uña burla sangrienta, que difícilmente se puede soportar con calma, quejarse del predominio del clero y del poder absorbente y opresor de la Iglesia, cuando la Iglesia en España lo más á que ha podido llegar después de la restauración es á un estado de tranquilidad resignada, pero nunca de satisfacción cumplida; nunca exento de dolores y amarguras, á veces harto crueles.

Los ultrajes que se le han inferido durante la revolución no han sido reparados sino á medias, y aun tenemos que ser muy generosos para hacer esta concesión.

La legislación vigente no está conforme con la suya en muchas cosas de grande importancia y, sin embargo, no solamente se ve precisada á someterse á estas disposiciones contrarias, sino que á duras penas puede recabar lo que las mismas leyes patrias le reconocen.

Se le hacen de continuo nuevos agravios, y pocas veces con gran dificultad se logra que se imponga el conveniente correctivo á los autores de ellos.

Si surge ó amenaza algún conflicto con las sectas disidentes, á las cuales se han concedido derechos en perjuicio de la Iglesia católica, que por su misma esencia no puede admitir competencia alguna, ó con los impíos que,

á pesar de ser enemigos de toda religión, se ponen siempre de parte de las falsas, la Iglesia es la que casi siempre tiene que ceder y, en nombre de la tolerancia, á los católicos se nos encierra en la iglesia, ó no se nos deja salir de vuestras casas, ni se nos permite señalar éstas con un emblema religioso.—¿En dónde está, pues, el poderío absorbente y avasallador de la Iglesia?

Al clero no solamente se le ha despojado de todo privilegio y se le ha sometido á todas las cargas y todos los deberes comunes, sino que se le niegan derechos concedidos á los demás ciudadanos. ¿En dónde está, pues, el predominio del clero?

En cambio, sus enemigos, los enemigos del clero y de la Iglesia, no solamente están desligados por la ley de todo vínculo de sumisión al poder eclesiástico, sino que gozan de libertad casi omnímota para combatirlo y para combatir la Religión católica hasta por los medios más viles y reprobados.—Y no nos referimos en todo esto á los pasados días de motines, ni á ningún tiempo anormal, sino á lo que sucede en circunstancias ordinarias.

Los profesores racionalistas é incrédulos explanan con toda tranquilidad y desahogo sus teorías antirreligiosas desde las cátedras pagadas por el Estado, y algunos se dedican á descatoalizar á sus discípulos con más empeño que á enseñarles la asignatura cuya explicación les está encomendada.—Hasta hay quien asegura, y las pruebas no son despreciables, que profesores de esta laya han sido los inspiradores de recientes disposiciones acerca de la enseñanza.

De cómo la mayor parte de la prensa periódica observa el precepto legal de respetar el dogma, la moral y el culto cristiano, más vale que no hablemos, y ojalá no fueran tantos los que lo saben sin que nos tomemos el trabajo de decirlo.

De las garantías con que cuentan la dignidad y el decoro de las personas eclesiásticas contra la procaçidad é insolencia de los calumniadores, tampoco es conveniente tratar; y del celo que muestran algunas autoridades públicas en reprimir y castigar desenfrenos tales, menos.

De las atrocidades que contra la Religión y sus ministros se vomitan á diario en ciertas reuniones y sociedades legalmente autorizadas, podrán dar testimonio los agentes del gobierno que son enviados á ellas para evitar que se falte á las *instituciones*. ¡Donosa y admirable manera de defender las instituciones!

De falta de libertad para la tribuna parlamentaria, suponemos que no se quejarán, por lo menos los que en la

última temporada actuaron de anticlericales en el Congreso español.

¿En dónde está, pues, la temible reacción?—¿En qué consiste?—¡Ahl! En que los individuos del gobierno son católicos, y católicos prácticos, por lo menos la mayor parte de ellos, porque respecto de algunos no tenemos datos para asegurarlos!...—¿Luego *reacción* significa *catolicismo*?—¿Luego los católicos prácticos, aunque sean excesivamente escrupulosos en respetar las conquistas de la libertad moderna, y excesivamente condescendientes en tolerar excesos y demasías que no están autorizadas por la ley, no podrán ser ministros de una Reina católica, en una nación cuya mayoría es católica, y con una constitución que reconoce como religión del Estado la católica?—¿Cuál es, pues, la situación en que se trata de colocarnos, ó de qué condición se pretende hacernos, y en virtud de qué razones?—¿No sería más lógico imponer esta especie de ostracismo gubernamental á esos, cuya conducta política es opuesta á los legítimos intereses del catolicismo, por más que ellos se empeñen en llamarse católicos?

Pero nos cansamos en vano, tratando de demostrar lo que está en la conciencia de todas las personas rectas que son capaces de formar un juicio exacto acerca de nuestra situación, y sería más que candidez insistir demasiado en ello. No había sombra de pretexto para lanzar ese grito de alarma contra los peligros de una reacción política, ni menos puede justificarse en manera alguna la excitación contra determinadas clases ó instituciones que presentan un blanco demasiado visible y seguro á las turbas fanatizadas en un día de motín.—Y en vano sería también que en virtud de la caridad que debe informar todos nuestros actos, y de la prudencia con que debemos medir nuestras palabras á causa del puesto que ocupamos y de las elevadas funciones que ejercemos, quisiéramos disimular acerca de las verdaderas causas de esas acometidas tan imprudentes é injustificadas. Nuestro silencio no sería bastante á evitar que las personas rectas é imparciales pensasen y dijese, y en efecto piensen y digan, que la escandalosa algarada recientemente promovida contra el clericalismo en general y contra las Ordenes religiosas en particular, es una maniobra indigna de políticos ambiciosos y turbulentos, ó desechados por su licenciamiento forzoso, ó cansados del modesto papel que vienen representando desde que por sus altas aspiraciones no han querido figurar en la categoría de subalternos, y se dedican á revolver el fango de la sociedad, agitando las malas pasiones de la gente descreída ó engañada para encumbrarse á su costa, y á

costa de los más preciados intereses de la humanidad.—¡Procedimiento insensato y criminal!—no vacilamos en decirlo—que nos parece comparable, aunque todavía peor, al de quien por satisfacer un deseo de venganza ó por un lucro fraudulento pone fuego á la casa del vecino ó á la suya propia con riesgo de que arda una ciudad entera y perezcan abrasados muchos de sus habitantes.

Y sin embargo de ser los móviles tan ruines y tan conocidos, el efecto ha sido enorme: preciso es reconocerlo, por triste y desconsolador que sea, para no forjarse ilusiones acerca de nuestra situación, y hacerse cargo del estado de los espíritus y de nuestra espantosa decadencia moral, más grave aún que la material.

Notemos en primer lugar una triste circunstancia que por nuestra parte no habíamos notado nunca hasta ahora en nuestras asambleas legislativas. Impiedades y herejías; injurias y denuestos contra la Religión y las personas sagradas se han dicho allí muchas veces, y con más crudeza que ahora; pero tampoco ha faltado nunca quien saliese á la defensa de la verdad y la justicia con la energía y entereza que merecen las buenas causas. Esto se ha echado muy de menos ahora. Exceptuando algunos rasgos de habilidad parlamentaria, sólo hemos visto contraponer á los ataques revolucionarios atenuaciones y disculpas del más deplorable efecto. La mayoría de los católicos que tienen asiento en el Congreso de los diputados permaneció muda é indiferente, y aun pudiéramos decir que asustada, como el reo que oye formular contra sí una acusación tremenda á la cual no sabe qué contestar; y el público en general quedó bajo la impresión producida por la victoriosa elocuencia de los acusadores.

Pero hay algo más y mucho más grave que esto.

Para dar satisfacciones inmerecidas y contraproducentes á la democracia heterodoxa y bullanguera, se ha hecho á nuestros reyes la grande injuria de presentarlos á la faz de la nación como amigos de esta democracia; se ha pretendido hacer creer que en los oídos de las reales personas sonaban mejor los principios del liberalismo sectario que las enseñanzas pontificias, y se ha hecho punto menos que imposible la entrada en el regio alcázar de ningún sacerdote católico con la misión de enseñar, porque en el mero hecho de entrar, después de estos precedentes, se haría sospechoso en la doctrina. ¡Otra singular manera de mirar por el prestigio de la monarquía!

Los demás efectos merecen capítulo aparte, porque á su producción concurren otras causas.

IV

Mientras en el Congreso de los diputados se lanzaba el grito de alarma contra la *reacción* y el *clericalismo*, estaba en incubación un drama que casi se ha hecho famoso antes de ser representado.—La coincidencia podría ser puramente casual, dados los antecedentes del autor, y no tener por consiguiente nada de particular; pero hemos de confesar que la solidaridad excesivamente íntima entre los actuantes del Congreso y los del teatro; la identidad de fines por unos y otros perseguidos y la semejanza de los medios empleados, nos la hace sospechosa. Unos remedan á Gambetta y otros á Voltaire; pero todos se dirigen al mismo punto, aunque por distintos caminos.

No conocemos por ciencia propia la última producción dramática del famoso novelista, pero tenemos suficientes datos para juzgarla.—Hace ya muchos años que personas timoratas hicieron llegar á nuestras manos algunas de las primeras obras del mismo autor, para que como sacerdote juzgáramos si podían recibir hospedaje en una casa cristiana. Recorrimos sus páginas á la ligera, porque no teníamos entonces licencia para leer libros prohibidos, y nos creíamos obligado á proceder con parsimonia y cautela para poder dar consejo á quien nos lo pedía, sin contravenir á las disposiciones eclesiásticas. Aquella ligera inspección nos bastó, no sólo para formar juicio acerca de las obras inspeccionadas, sino también acerca de las habituales disposiciones de espíritu del autor.

Dejando á un lado sus excelentes condiciones de escritor, que no tenemos por qué negarle, aparece dominado—y deslucido—por la monomanía sectaria de hacer odioso el catolicismo por medio de los personajes que introduce y retrata. Hombre ó mujer, eclesiástico ó seglar, el que lleva el papel de católico es siempre y cuando menos un safo, tereo, ridículo, insoportable. Y estas cualidades no son defectos del individuo, ni excepción de la regla, sino fruto de la religión que profesa, y constituyen el *tipo* por el cual ha de juzgarse á todos sus correligionarios.

En cambio el antagonista de este tipo repugnante, judío ó musulmán, incrédulo ó protestante, es siempre amable y complaciente, fino y cortés, razonable é ilustrado, con toda la ilustración que el autor posee; y—claro está—los lectores ó espectadores, según que se trate de novela ó de drama, siendo de la casta que tanto abunda, frívolos ó ignorantes, ó las dos cosas á un tiempo, se sienten encan-

tados por las bellas prendas con que aparece adornado el enemigo de nuestra fe; le colman de aplausos, y execran y maldicen á los católicos y al catolicismo.—Tal es el tema trascendental desarrollado con maestría diabólica, si bien ayuna de verdadero mérito, aún artístico ó literario, porque no exige ni supone gran talento é instrucción, sino sólo mala intención y falta de conciencia.

Hemos visto posteriormente alguna otra producción del mismo autor, que, si bien no exenta de defectos, no está sin embargo vaciada en los mismos moldes, y aun parece marchar por opuestos rumbos en busca de ideales más conformes con la realidad; y en nuestro buen deseo hemos concebido la esperanza de que al cabo se curaría completamente de la monomanía anticatólica, con lo cual él mismo ganaría bastante.

¡Ilusiones del deseo!—Ilusiones ya desvanecidas antes de ahora, pero ahora sobre todo ha sido terrible nuestro desencanto. El famoso drama á que nos venimos refiriendo es reproducción de los peores modelos antiguos con retoques que hacen resaltar su vicio capital, y que las circunstancias han hecho más funesto, ó tal vez se ha hecho más detestable por haber sido escrito para las circunstancias.

En él, según los análisis críticos que nos merecen más crédito, el tipo de *católico* que se presenta al *respectable público* es un ente antipático que lleva sobre su conciencia el peso de graves faltas, y comparte con otros sujetos de su laya las probabilidades de una paternidad ilegítima.

Esto, sin embargo, se les perdonaría fácilmente. ¡Bueno es el autor, y buenos son los espectadores convocados, para escandalizarse por tan poca cosa!—Lo grave es que ese *católico*, inventado así para los fines del drama, en virtud de ideas, no rancias, sino completamente nuevas y sumamente extrañas para los católicos, quiere que el fruto de su pecado—una joven que debe de ser un prodigio de gracia y de inocencia y tan hermosa como pueda hallarse la actriz para su papel—sea quien expíe ese pecado del cual él es el responsable. Y para ello se empeña en arrebatarla al amor ardoroso, puro y honesto de un perfecto galán, ilustradísimo ingeniero, y hombre de gran provecho; y la encierra contra la voluntad de ella misma, también castamente enamorada, en un convento de monjas, que la reciben y la custodian haciéndose cómplices de las ideas extrañas y de la opresora dureza del desnaturalizado padre. El ingeniero se indigna y se enfurece, y quiere matar al padre, y poner fuego al convento; y el *respectable público* se pone de parte del ingeniero y se mues-

tra dispuesto á la matanza y al incendio.—Es natural.—Lo que no nos parece tan natural es que ese *respectable público* se entusiasme tan ferozmente, que entre en ganas de *estrangular* á los que no aplauden al autor de tan maravillosa inventiva; y menos natural nos parece aún que el *católico inventado* para los fines del drama se transforme repentinamente en *jesuita*, y que la turba salga del teatro gritando: ¡muera los jesuitas!

— Pero eso, dirá cualquiera que tenga un quilate de rectitud en el alma, es una mentira infame.

Cierto; pero ¿qué les importa una mentira más ó menos á los enemigos del catolicismo, que no creen en la autoridad divina del decálogo?—Lo importante para ellos es el éxito; y por el éxito sacrifica el político la honradez y dignidad políticas, y el literato la honradez y dignidad literarias, y el crítico afirma que el éxito es debido á la excelencia de la obra, no obstante ser ésta urdimbre innoble de falsedades, sea cualquiera el arte con que están hilvanadas.—Y nótese que ahora no hablamos en general, sino del presente caso.

Mentira infame, ciertamente; porque, si es verdad que por aberración de la mente y por flaqueza del corazón puede haber, y efectivamente hay católicos así, los católicos en general no somos así; y esto debe saberlo el autor, y seguramente lo sabe; y las más vulgares conveniencias le obligan á tenerlo en cuenta para no extraviar al público inconsciente, ó para no confirmarle en sus extravíos; que no es digno de ningún escritor de nota excitar y enardecer una pasión insana para explotarla en su provecho.

El católico de verdad no siente, ni discurre, ni obra como el odioso personaje de *Electra*. El católico sabe que la oración, el ayuno, la limosna, todas las obras buenas que practican, todos los sacrificios que *voluntariamente* se imponen las almas santas, ofrecidas á Dios por ellas mismas en favor de los pecadores en general ó de un pecador determinado, pueden servir para que Dios se apiade de ellos, y sobre ellos derrame la abundancia de sus misericordias, y los admita en su amistad y gracia, supuesto lo que de parte de ellos es siempre y absolutamente indispensable, el arrepentimiento y consiguiente cambio de vida: pero á ninguno se le ocurre pensar que puede expiar sus propias culpas por medio de otra víctima forzosamente sacrificada.

✓ El católico sabe, ó lo aprende cuando el caso llega, que no es lícito ni factible encerrar á una joven en un convento para que contra su voluntad haga la profesión religiosa; que no lo consiente el Derecho eclesiástico, por-

que el natural se opone; que la comunidad á la cual se pretendiese entregarla en tales condiciones no la recibiría; que precisamente lo que con más cuidado se hace constar mediante diligencias previas es que la que solicita el ingreso va por propia vocación, con entera espontaneidad y no violentada por nadie: que la violencia anula radicalmente los votos, y que la autoridad eclesiástica, al paso que declara libre de todo compromiso á quien la hubiese padecido, castiga de la manera que puede á quien la hubiese hecho.

El católico sabe que el padre de familia no debe ser terco y obstinado en negar su consentimiento para un matrimonio honesto; y la prueba está en que en España mismo ha habido frecuentes conflictos á causa de la ley civil de disenso paterno, con la cual nunca estuvo conforme la Iglesia.

El católico, en fin, obrando en conformidad con el espíritu de la Religión que profesa, es siempre humano y razonable, tanto por lo menos como el disidente y el descreído; y aunque no exento de defectos y de miserias humanas, está en mejores condiciones que ningún otro para sobreponerse á ellas, para obrar con más dignidad y nobleza, con mayor alteza de miras, con más desinterés y abnegación; y para comprobarlo, á la experiencia nos remitimos, y desafiamos á nuestros adversarios á que presenten de su campo y como fruto de sus doctrinas tantos ejemplos como podemos presentar nosotros, no ya de virtud cristiana, sino de virtudes cívicas y sociales.

Por consiguiente, el fantasma creado para representarnos por el autor del tantas veces citado famoso drama no es de los nuestros; es un librepensador como cualquier otro, pues no piensa ni obra en consonancia con nuestra religión, y rechazamos toda solidaridad con él; dirigir sobre nosotros los denuosos y execraciones que él pueda merecer, es una iniquidad fundada en la mentira.

Ahora bien: de un pueblo de nuestra diócesis se dijo que se estaban recogiendo firmas para dirigir un mensaje de felicitación al autor de esa mentira y responsable de esa iniquidad. Cuando esto se dijo, apenas podía ser conocida la obra más que por el lenguaje mutilado del telégrafo, y suponemos que los firmantes procedían en virtud de su entusiasmo por las bellas letras, entusiasmo en el cual á nadie cedemos, pero no podemos aplaudirlas cuando se ponen al servicio de malas causas.—No es nuestro ánimo censurar ese acto.—Pero probablemente no tardará mucho en ser representado el drama en el teatro de ese pueblo, y para entonces rogamos á las per-